

CAPÍTULO XVI

Escandinavia.

La Suecia debía descender necesariamente del alto punto á que la habia elevado Gustavo Adolfo, cuando éste murió en los campos de Lutzen; sin embargo, en toda esta época conservó su predominio en el Norte, y si se hubiera realizado el pensamiento de Cárlos Gustavo, habria podido ocupar un puesto por mucho tiempo entre las potencias de primer orden.

Al partir Gustavo Adolfo para la expedición de Alemania, de donde ya no habia de volver, dejó el gobierno encargado á ministros hábiles, los cuales apénas supieron su muerte, hicieron elegir á su hija Cristina con una realeza compuesta de cinco miembros. Eran estos Jacobo, conde de la Gardie, natural de Livonia, Cárlos Gyllenhielm, gran almirante, y el gran canceller Axel Oxenstiern, con un hermano y un primo de éste, provistos de instrucciones bastante detalladas para impedir los abusos del poder. Excluida y disgustada la viuda, huyó á Prusia; y Cristina, segun las intenciones de su padre, recibió la educacion de un hombre; y mientras estudiaba los autores clásicos Oxenstiern iba todos los dias á instruirle en la política y el gobierno. Los regentes hubieran querido conservar las conquistas de Gustavo Adolfo en Livonia, y especialmente en Prusia, que resguardaban al país por la parte de Polonia, y quitaban á ésta el mar; pero no pudiendo conseguirlo con las armas por la guerra de Alemania, aceptaron un congreso en Strumsdorf, interviniendo cual media-

doras Francia, Inglaterra, Holanda y el elector de Brandeburgo. Estas potencias tenian un interés en humillar á Suecia; por lo que despues de largas y complicadas intrigas, resultó una tregua de veintiseis años, en cuya virtud la Suecia restituia á la Polonia la parte conquistada á Prusia, reservándose Elbing, el pequeño Werder, y Pillau, quedando privada de este modo de posesiones tan importantes para engrandecerse por mar. Ya hemos hablado de las guerras con Dinamarca, que terminaron con la paz de Brömsebro, y de la guerra de los Treinta Años, que concluyó en Westfalia, por lo cual la Suecia llegó á ser Estado del Imperio, adquiriendo la Pomerania Anterior con la isla de Rugen, parte de la Posterior, y otros territorios.

Cuando Cristina subió al trono, se formaron en la córte dos partidos, uno á favor de Oxenstiern y otro contra él, dirigido por el conde de la Gardie, cuya belleza y cortesanos modales debian darle influencia con una reina de veintidos años. Muchos aspiraban á la mano de la soberana, pero ella queria la libertad de satisfacer sus volubles deseos, y despues de hablar mucho sobre ello, declaró ante el senado que le repugnaba el matrimonio, y que para bien del Estado se le designase por sucesor á su primo Cárlos Gustavo, conde Palatino de Dos Puentes, que se habia criado con ella. Los Estados confirmaron esta proposicion, y aquél, separado de los negocios y libre de ambi-

ciones, esperaba en cacerías su tardío reinado.

Brillantísimo fué el de Cristina, pero sin ningún mérito por su parte. La Suecia, refrenando al Austria, consiguió las bendiciones de toda Alemania; aumentó sus posesiones, su gloria exterior y su prosperidad interior; extendió su navegacion, favoreció las artes y la explotacion de las minas, de modo que las de cobre, que rendian cuatrocientos millones, ascendieron á más de seis mil, con cuyos metales se fabricaba toda clase de muebles. Los suecos y holandeses unidos se establecieron en las costas septentrionales de América, entre los rios Delaware y Hudson, de donde aquel país tomó el nombre de Nueva Suecia, y donde los primeros cultivaron las tierras y los otros se encargaron de vender sus producciones; pero un año despues de la abdicacion de Cristina tuvieron que abandonarlo á los holandeses, y de éstos pasó á los ingleses que le denominaron Nueva Jersey. Se constituyó una sociedad para el comercio de Guinea, donde el hierro y el cobre se cambiaban por oro.

Cristina, cuya instruccion se extendia á varios ramos del saber humano, y que escribia en muchos idiomas, se distraia con los sábios que llamaba de todos los países. Descartes, desconocido en Francia y perseguido en Holanda, le dirigió muchas de sus disertaciones; fué á Estokolmo, y allí, libre del ceremonial de la córte, tenía que conversar con la reina todos los dias á las cinco de la mañana; ocupacion que tal vez aceleró su muerte, sin persuadir á la reina de su filosofia. Asignó Cristina una pensión á Gassendi, y le hizo varios regalos; no consiguió detener á Hugo Grocio, llamado por Oxenstiern para oír sus consejos, y que al regresar á su patria murió en el camino. Su bibliotecario era Juan Freinsheim, que se atrevió á poner suplementos á Quinto Curcio y á Tito Livio, y juntamente con él y con el erudito Gabriel Naudé se veian en la córte Márcos Meibom, editor de los músicos antiguos, Claudio de Saumaise, el abate Pedro Daniel Huet, Isaac Vossio, Nicolás Heinsio, Samuel Bochart y otros grandes eruditos, los cuales contribuyeron á la civilizacion del país, turbándolo de tiempo en tiempo con sus emulaciones.



Poco contribuyó Cristina á que floreciesen las letras suecas, lo que por otra parte no era fácil en medio de una continua guerra. Así es que sólo se cultivaron las matemáticas para el servicio de ésta; y las primeras determinaciones exactas de los países, fueron debidas á los filósofos cartesianos Andrés Spole (1699) y Juan Billberg (1717). Despues Andrés Celsio (1744) erigió el primer observatorio en Upsal, y publicó el primer periódico literario en 1742. En 1667 comenzaron en aquel país las *Gacetas* políticas, y se establecieron archivos de antigüedades. Jorge Lilio Sternbjelm, padre de la poesía sueca (1672), imitó los metros de los antiguos, y resucitó muchas palabras escandinavas; pero carece de inspiracion. El nombre más ilustre es el de Samuel Puffendorf.

Cristina no era hermosa; parecia hombre en todas sus acciones; descuidada en el vestir, sencilla en la comida, insensible al frio, al calor, al sueño, infatigable cuando montaba á caballo; residia en su castillo de Jacobsdal (Ulricsdal), donde entregada á las cacerías, á las justas y academias, olvidaba los odiosos cuidados del trono. Sin embargo, todo lo queria ver; contestaba, oía, asistia al consejo, y era ambiciosa y avara de todo género de gloria. No queria mujeres para su trato, apreciaba volublemente las galanterías de los hombres, y la crónica cita muchos favoritos con los cuales prodigaba sus generosidades, aun cuando el erario tuviese necesidad de caudales. Se llegó á sospechar que estaba loca, y más cuando abdicó en favor de Cárlos Gustavo, reservándose plena soberanía respecto de su persona y la de sus comensales y servidores, el castillo de Niköping, las islas de Oeland, Gottland, Osel Wollin, Usedom, la ciudad de Wolgast, y algunos territorios de la Pomerania.

Esta resolucion dió mucho que hablar. ¿Qué motivo la indujo? ¿hacerse católica para casarse con Fernando IV, rey de los romanos? Son suposiciones. Aborrecia los negocios, aunque los despachaba con facilidad; sus rentas estaban desordenadas, pero tal vez las habia descuidado porque pensaba desembarazarse de ellas, tal vez deseaba vivir independiente, tal vez temia que la segunda parte de su reinado



ofuscarse á la primera, y queria hacerla más ilustre con este acto. «Los políticos, dice Federico II, en quienes todo es interés y ambicion, la desaprobaron; los cortesanos, que en todas partes buscan la delicadeza, decian que su aversion á casarse con Carlos Gustavo la habia decidido á abdicar; los sábios la elogiaron mucho por haber renunciado á las grandezas por amor á la filosofía; pero si hubiera sido verdaderamente filósofa, no se habria manchado con la sangre de Monaldeschi, ni hubiera vuelto á desear las grandezas que habia dejado, como lo hizo en Roma. Los prudentes sólo vieron en este acto una extravagancia, que no era digna de elogio ni vituperio; «que con descender de un trono no se adquiere grandeza, sino por la importancia de los motivos que determinan el acto, por las circunstancias que lo acompañan y por la magnanimidad con que se ejecuta.»

Despues de haber convertido en dinero los despojos del palacio y las joyas, se declaró católica en Inspruck, unos dicen que por insinuacion de los jesuitas, otros que efecto de su ligereza; aunque tal vez no llevó más idea que la de ser mirada con mejores ojos en los países donde se proponia habitar, ó la de representar una escena parecida á la de la abdicacion. Fué recibida en Italia con una pompa inusitada, queriendo el papa celebrar de este modo una conquista de la religion. Ofreció á la santa casa de Loreto la corona y el cetro; en Roma, habiendo escogido para su residencia el palacio más hermoso del mundo, el Farnesio, dividió el tiempo entre el estudio y las diversiones, y fué obsequiada como pocos príncipes de su época. Cuando la Suecia perdió la Pomerania, Cristina sufrió retardo en el pago de su renta (ascendia á 200.000 escudos, y Oxenstiern decia que ningún enemigo habia costado tan caro al reinado); en su consecuencia, el papa le asignó 12.000 escudos romanos. Su palacio era el punto de reunion de las personas más distinguidas de Italia, disputándose en una especie de academia acerca de poesia y filosofia moral, lo cual dió origen á la *Arcadia*. Favorecia y sostenia á los artistas; regaló á Octavio Ferrari por un elogio un collar de oro, y encargó á Felipe Baldinucci que escribiese la vida de Bernino.

Decia, no obstante, que una reina sin reino era una diosa sin templo, á la que pronto le faltan los homenajes; por cuya razon volvió dos veces á Suecia é inquietó aquel país, como veremos luego. Mujer de transacciones, queria, al hacerse católica, reservarse el comulgar con los luteranos una vez al año; y al bajar del trono deseaba conservar las rentas, la corte, el derecho de reclamarlas y de sentenciar á muerte. Dos veces fué á Francia, siendo la primera bien acogida; pero la segunda se la recibió con frialdad, y se la envió á Fontainebleau. Allí, despues de cerciorarse de que el marqués Juan de Monaldeschi, su caballero mayor, la vendia, le mandó matar, creyéndose autorizada para cometer semejante asesinato, por el derecho que se habia reservado en el acta de abdicacion. ¡Calcúlese cuánto daria que hablar en Francia! Sin embargo, la toleraron; pero la historia no la absolvió, ni tampoco la jurisprudencia, pues de todas maneras se encontraba en un país extraño. Cuando Inocencio XI abolió en Roma las franquicias de los príncipes extranjeros, Cristina prestó su asentimiento á esta medida; lo cual no impidió que libertase á un reo preso por los esbirros, y que escribiese insolentemente al papa, el cual la perdonó. Aspiró á la corona de Polonia; se mezcló en todas las intrigas de la época, y la cantaron todos los poetas; escribió muchas cosas, casi todas en francés, pero ninguna más interesante que sus cartas y su vida, dedicada á Dios, á quien dirige con frecuencia la palabra. Vivió hasta el 19 de abril de 1689, y su herencia se dispersó: Alejandro VIII compró su biblioteca; Livio Odescalchi sus cuadros y piedras grabadas.

Carlos X, aunque se habia mostrado hasta entonces súbdito tranquilo y sumiso, dió pruebas de aptitud para los negocios. De nuevo ofreció su mano á Cristina, despues que ésta quedó reducida á la condicion privada; y siendo rechazado otra vez, se casó con Eduvigis Leonor de Holstein Gottorp, y empezó un reinado breve, pero de mucho interés. Gustavo Adolfo habia colocado la Suecia en una posicion insostenible; las arcas se hallaban exhaustas, los súbditos abrumados de contribuciones, los mo-



nopolios aumentados; Cristina, que obrando por capricho exigia obediencia como en un reino despótico, acrecia el número de los descontentos; las potencias recelosas suscitaban continuas disputas; Carlos debía remediarlo todo y cumplir grandes designios. Le pareció que mientras Dinamarca y Polonia eran arrastradas á su ruina por una nobleza inquieta, que ponía obstáculos con sus privilegios á las intenciones de los príncipes, él podia realizar los proyectos de Gustavo Adolfo, extendiendo su dominacion á los países que rodean el Báltico.

La Dinamarca, encerrada entre la Suecia y las posesiones de ésta en Alemania, parecia una conquista fácil. Las provincias situadas á orillas del Báltico en manos de los polacos y de la casa de Brandeburgo, interrumpian la comunicacion entre la Livonia y la Pomerania, de suerte que su adquisicion hubiera sido ventajosisima. Obligando á los duques de Curlandia y de Prusia á reconocer por soberana á la Suecia en vez de la Polonia, ocupando las embocaduras del Vístula, sometiendo la Prusia Polaca y á Dantzick independiente, adquiriendo la Pomerania Oriental mediante una compensacion dada á la Polonia en la casa de Brandeburgo, la Suecia seria señora del Báltico. Para esto servirian los soldados que en la guerra de Alemania se habian endurecido en el oficio de las armas y alcanzado gran reputacion. Carlos estaba escaso de dinero, ascendiendo las rentas apenas á 800.000 escudos, y la deuda á 10.000.000; pero su alta fama y la guerra debian proporcionarle recursos. Carlos manifestó á los Estados la necesidad de asegurar las fronteras de Livonia en la guerra de la Rusia con la Polonia; en su consecuencia, decretaron que se le facilitase dinero; hizo averiguar cuáles eran los dominios reales enajenados en tiempo de Cristina, y los redujo á feudos, obligando á los poseedores á restituir una cuarta parte.

Habiendo reunido tropas, las dirigió, sin ser provocado á ello y por puras razones de conveniencia, contra Juan Casimiro de Polonia, que alegaba pretensiones á la corona de Suecia. Este príncipe tenia por adversario á un poderoso partido de polacos, pues no participaba de las costumbres guerreras del país, y estaba domi-

nado por su mujer; y el vicescanciller Jerónimo Radziejowski excitaba á Carlos á la guerra, así como los protestantes le invocaban contra un rey que habia sido cardenal y jesuita. Púsose, pues, Carlos en marcha; y habiendo Casimiro emprendido la fuga, ocupó la mayor parte de la Polonia. Despues de adquirirla con horribles devastaciones, la conservó ayudado de disposiciones feroces, llegando hasta prometer que cada polaco de su partido que matase á uno del contrario, recibiria la mitad de los bienes del muerto. Ambicionaba más aún la Prusia, por cuya razon negoció durante mucho tiempo con Federico Guillermo, elector de Brandeburgo, hasta que le persuadió á reconocerse vasallo de la Suecia, y á conceder libre paso á sus tropas y entrada en los puertos.

Pero Casimiro volvió á presentarse, y le ayudaron muchos polacos, disgustados por la preferencia que se mostraba á los suecos y alemanes, y seducidos por las promesas de que nunca son avaros los pretendientes; las guarniciones fueron asesinadas, y se llamó á los tártaros de la Crimea. Carlos, en medio de tantos enemigos y de sublevaciones que renacian sin cesar, desesperó de poder conservar la Polonia, y propuso dividirla, reteniendo él la Prusia propia, dando al elector de Brandeburgo la Gran Polonia como reino; y la pequeña, juntamente con la Lituania, á los rusos y cosacos, y á Jorge Ragoczy, príncipe de Transilvania. En virtud de tal convenio, el elector secundó con todas sus fuerzas á Carlos, de manera que derrotó á los polacos y recobró á Varsovia; y Federico Guillermo obtuvo lo que deseaba, á saber, la soberanía del ducado de Prusia, segun se habia convenido en Labiau, quedando aquél y el principado de Warnia separados de la Polonia y convertidos en soberanía hereditaria de la descendencia del grande elector, el cual no podria en adelante manifestar pretensiones á la Prusia propia. Con esto Carlos renunciaba á su propósito de reunir las posesiones suecas de las costas meridionales del Báltico, pero no al deseo de incorporar las provincias marítimas de la Polonia. El Austria se asustaba al ver á la Suecia acercarse á sus provincias y comprometer la religion católica de Polonia; por lo cual



instigó á Alejo Michelowitz de Rusia á invadir la Libonia, mientras que Leopoldo acudía al socorro de Juan Casimiro; el mismo elector de Brandeburgo, que habia favorecido á los suecos únicamente por ambicion, se unió á los polacos desde que éstos se conformaron en reconocer su independencia.

Tambien los Estados de Holanda, cuyo comercio en el Báltico se dificultaba por el peaje impuesto á Danzick, enviaron una escuadra y formaron alianza con Federico III de Dinamarca. Este, encontrándose amenazado, no se abstenia de la guerra sino en atencion al mal estado de la Hacienda y á la oposicion de la nobleza, que no concedia tropas por temor de que las emplease en destruir la constitucion que le habia sido impuesta; pero viendo que la ocasion era favorable para recobrar los territorios cedidos por el tratado de Bromsebro, caló la visera.

Cárlos X, á fin de castigarle, invadió el Jutland, y pasando de una manera no ménos atrevida que nueva el Gran Belt por encima del hielo, trasladó sin barcos al ejército con la caballería y artillería á Fionia y Seeland. El mismo iba á su cabeza, y si bien algunos batallones quedaron sumergidos, «el frio era tal, que se necesitaba romper á hachazos el pan y los toneles de vino y de cerveza, separando luego de allí los pedazos y haciéndolos deshelar, de modo que casi no tenian gusto; era preciso poner las carnes en barreños bien calientes para que se deshelasen. El rey se reía de todas las incomodidades que no concernian más que á la comida y la bebida, y las despreciaba, aunque le cabia en ellas su parte, pensando sólo en conseguir su intento de pasar de la isla de Halland á la de la Zelanda.» Toda la Europa se admiró y asustó, y Copenhague se encontró de repente amenazada. Esto dispuso los ánimos á favor de la paz, insinuada tambien por Cromwell, y que se celebró en Roskild, adquiriendo los suecos el Halland, la Escania, la Bleckengia, Bornholm con sus dependencias, y devolviendo lo restante.

Cárlos, que por pura ambicion y conveniencia de engrandecimiento habia encendido la guerra en el Norte y ofrecido repetidas veces

el reparto de la Polonia y de la Dinamarca, si no se hubiese opuesto á ello Cromwell, que juzgaba propio de bárbaros destruir la nacionalidad de un pueblo, sólo se resignó entonces á la paz por necesidad y con objeto de guardar lugar y tiempo favorables para empuñar de nuevo las armas. Suministróle ocasion para ello la circunstancia de haber Federico reunido tropas para destruir la viciosa constitucion de su país, y á pesar del cuidado que tuvo Dinamarca en alejar los pequeños pretextos en que pretendia apoyarse, Cárlos se armó resuelto á no dejar en Copenhague más que una fortaleza para proteger la escuadra, y á trasladar él mismo su residencia á la Escania. Así, dueño del Báltico, se proponia, á la cabeza de ochenta mil soldados y cuarenta mil caballos, desembarcar en Italia como Teodorico, y fundar allí otra monarquía de los godos.

¡Tan desmesurada era su ambicion! Decia que un gran príncipe debia estar en continua guerra para tener ocupados á sus súbditos é infundir temor á los pueblos vecinos, añadiendo que los derechos debian probarse despues de la conquista. Habiendo desembarcado de repente en Seeland, embistió á Copenhague; pero el rey se decidió á la defensa, y los ciudadanos acudieron á las armas contra el arrogante guerrero. Todo el Norte desaprobó aquel nuevo é injusto ataque; los Estados Generales enviaron en socorro de Federico una escuadra, que derrotó en el Sund á la sueca, y suministró víveres á Copenhague; el elector de Brandeburgo atacó el Holstein; de suerte, que el monarca sueco se vió en una posicion muy crítica. Por su fortuna, la Francia y la Inglaterra se interpusieron para renovar la paz de Roskild; y despues de largas y delicadas cuestiones, se concluyó el tratado mediante muchas concesiones hechas por la Dinamarca, que salvó, sin embargo, su honor y su amenazada existencia, quedando la Suecia preponderante en el Báltico.

Entre tanto Cárlos, envuelto en una triple guerra, y temiendo que la casa de Austria se declarase su enemiga, trató de quitarse de encima la Polonia, en la confianza de que podria entenderse con la Rusia y que le sería fácil



dominar la Dinamarca. Con tal objeto reclamó la mediacion de la Francia y entabló las negociaciones que produjeron el tratado de Oliva, célebre en el Norte, tanto como en el Mediodía el de Westfalia. Por él se restableció la paz entre la Polonia y sus aliados. El emperador Leopoldo y Federico Guillermo, elector de Brandeburgo, de una parte, y de la otra Cárlos de Suecia, Juan Casimiro renunció á toda pretension al trono de Suecia, cedió á ésta la Livonia Transduniana, y la Curlandia fué devuelta á su duque. El emperador quedó obligado á restituir á la Suecia, que evacuó enteramente la Prusia real, todo el territorio que habia ocupado en la Pomerania-Mecklemburguesa.

Aseguradas con los dos tratados de Copenhague y Oliva las relaciones entre Suecia, Dinamarca y Prusia, aún le restaba á Cárlos arreglarse con Rusia. Alejo Michelowitz, descontento de la paz de Stolbowa y del reparto de la Polonia, trataba de recuperar la Livonia, la Ingria y la Carelia. Las ocupó en efecto á mano armada; pero en Kardis se comprometió á devolver cuanto habia ocupado en la Livonia, la cual permaneció totalmente en manos de la Suecia. Cárlos suscitaba, pues, guerras que daban que hacer á todos los gabinetes de Europa. Expulsó al rey de Polonia, sitió al de Dinamarca en su capital, y recorrió el Báltico, amenazando con la servidumbre á los reyes eslavos y escandinavos. Seis potencias se pusieron de acuerdo á fin de contenerle, y él, sin aliados, resistió á todas: ambicion caballeresca que sólo se aquietó con la muerte. Sobrellevó ésta con valor á la edad de treinta y siete años, reconociendo si que habia errado, pero á la par convencido de que habia llenado sus deberes de rey y atendido á los intereses de su pueblo.

Dejaba un hijo de cinco años bajo la regencia de los cinco dignatarios y de su madre, que debia tener doble voto. Pero los Estados, temerosos de que las victorias en lo exterior produjesen la tiranía en lo interior, declararon inconstitucional el testamento de Cárlos. En el momento en que estaban reunidos vieron de repente aparecer á Cristina, la cual habia pedido tropas á Viena para conquistar la Pome-

rania; y cambiando luego de idea, reclamó su pension, que habia sido suspendida, y por último hasta el trono, dando así á entender que no habia abdicado sino á favor de Cárlos. Pero era aborrecida como apóstata, y tuvo que renunciar formalmente á toda pretension y á no emplear más que luteranos en las tierras que se habia reservado.

El rey niño conservó buen corazon, juicio recto y grande intrepidez, á pesar de la mala educacion que le dió su madre; pero ni siquiera le enseñaron á leer y escribir, si bien le inspiraron buenas ideas morales, acostumbrándole al mismo tiempo á los ejercicios á propósito para fortalecer el cuerpo. La política fluctuaba, segun el favor de los partidos, en la débil mano de los regentes, execrados por la nacion, como que sólo se cuidaban de su propio interés, y estaban vendidos á la Francia para continuar un lujo á que se habian acostumbrado cuando la Europa era tributaria de Suecia; y mientras que el monarca crecia en el mayor abandono, las rentas se encontraban exhaustas; la administracion en desorden y debilitadas las fuerzas del país.

Apénas Cárlos XI empuñó las riendas del Estado á la edad de diez y siete años, jurando no tolerar ningun otro culto que no fuese el luterano, cuando se encontró impulsado por su alianza con Francia á dirigir las armas contra Holanda. Cárlos deseaba la guerra, su única educacion; entró, pues, en el territorio del elector de Brandeburgo, aliado de Holanda; pero éste sorprendió á los suecos y los derrotó en Fehrbellin; victoria memorable, á la que siguió un levantamiento universal de las potencias contra el perturbador de la paz pública, que fué puesto fuera de la ley. Los daneses, habiéndose reunido al elector, vencieron á las escuadras suecas, y desembarcaron en la Escania. Un país pobre, de dos millones apénas de habitantes, representaba hacia sesenta años el papel principal en Europa, no ménos en la guerra que en la paz. Habiéndose apoderado de las costas bálticas y de la Livonia, granero del Norte, y amenazando la independencia de la Polonia, ambicionaba la soberania de la Prusia. Si podian deslumbrar estas ventajas, debi-